

LA RAZA BLANCA Y LA CONSTITUCIÓN DE SU TRADICIÓN

La raza blanca y la constitución de su tradición. -
Preliminares. - Moisés. - La Cábala. - El Helenismo. -
El Cristianismo. - Influencia de Zoroastro. - Los árabes. -
La tradición oriental.

PRELIMINARES

La tradición que poseemos nos llega de dos fuentes distintas:

1. Bajo el nombre de filosofía hermética, de cábala y de otras apelaciones del mismo género, poseemos una tradición salida directamente de los rojos y de los negros y adaptada a Occidente por Moisés, los iniciados egipcios, Pitágoras, la escuela de Alejandría, los cabalistas judíos, los alquimistas y la Rosa cruz.
2. Bajo el nombre de tradición oriental, taoísmo, brahmanismo, budismo y otras apelaciones del mismo género, podemos igualmente estudiar ciertos puntos de la tradición negra aliada a la amarilla y modificada por los celtas establecidos en el Indostán. Esta tradición adaptada al nivel de las razas de Oriente por Rama, Krish'en por los Buddhas, de una parte, por Fo-Hi, Kong-Tren, Son-Mu y los Zoroastros, de otra parte, enseña las mismas verdades que la tradición occidental; pero de una manera poco accesible para nuestro cerebro.
3. En fin, esas dos grandes corrientes tradicionales se han puesto en contacto en el curso de la historia, como lo hacen hoy mismo. De ahí se han derivado muchas corrientes anexas entre las que indicaremos: Odín, iniciado de Zoroastro y creador de la tradición teutónica, vulgarizada por Wagner, y ciertas sectas gnósticas, la Templarla, etcétera.
4. Hay que añadir, finalmente, a esas corrientes tradicionales: los recuerdos populares (folklore), la tradición dormida para la antigüedad y las aportaciones nuevas hechas a la Raza Blanca por los precursores, el Mesías y los reveladores del Mesías, es decir, todo el cristianismo, la gnosis, el islamismo y el babismo, sin contar con las revelaciones anexas como la de Louis Michel y otras parecidas. Se ve cuánta prudencia hay que tener para profundizar en todas esas corrientes que forman la *savia verdadera* del árbol histórico de la Raza Blanca. Se comprende igualmente el valor recíproco de esas tradiciones diversas respecto de nuestra cerebración actual.

Para nosotros, celtas y occidentales, la tradición hecha realmente para nuestro espíritu es la tradición cabalística regenerada por el cristianismo y que, desde su origen, centenares de enviados y de iniciados han dirigido y hecho asimilable a nuestra inteligencia. Esa tradición se hizo comprensible y sus enseñanzas pueden darse enteras en cualquier idioma europeo gracias a los esfuerzos de los reveladores. Y esa enseñanza debe formar la base de toda iniciación occidental; pero eso no quiere decir que sea inútil estudiar las demás tradiciones. Pero eso sólo debe hacer hacerse cuando poseamos bastante bien la tradición occidental.

Si se quiere seguir otro camino, si se pretende enseñar únicamente la tradición oriental, en vez de la tradición de nuestra raza, se procederá como el orador que hablase en chino a una reunión de franceses. Lo entenderán los orientalistas y los demás se marcharán. Hay que añadir también que las tradiciones de Oriente, extrañas al cristianismo, no comprenden la grandeza de Cristo y de su obra, e inducen así a muchas gentes a seguir un mal derrotero. En cuanto a discutir sobre la primacía de una u otra tradición, eso es obra de la ignorancia y del sectarismo. Ambas vienen de la Raza Roja o de la Amarilla o de la Negra, y resultan de una mezcla más o menos remota. Además una tradición no tiene valor sino en cuanto es regenerada tras los siglos por un nuevo enviado celeste, y desde este punto de vista, también de parte de la tradición occidental está la ventaja. Así el resumen que vamos a hacer corresponderá principalmente a esta tradición.

* * *

El Egipto, no hay que olvidarlo, fue la última región dominada por los atlantes. Conservó siempre el recuerdo de esos pueblos y cuando pasó a poder los pastores fenicios, quedó en posesión de dos tradiciones importantes: la primera, que venía originariamente de la Raza del Sur, de la que formaban parte sus habitantes; y la segunda, que había adquirido de la Raza Boreal, de la que formó más tarde el culto y las leyes. Por medio de la primera tradición podía remontarse a una anterior, y conservar cierta idea de la Raza Austral predecesora de la del Sur. Esta primera raza, a la que pertenecía quizás el nombre primitivo de Atlántico, fue aniquilada completamente en un espantoso diluvio que, cubriendo la tierra, la dislocó de polo a polo, sumergiendo la isla magnífica e inmensa donde habitaba esta raza, más allá de los mares. En el momento en que esta isla desapareció con todos los pueblos que la habitaban, la Raza Austral retuvo el imperio universal y dominó sobre la del Sur, que salía apenas de la barbarie y estaba aún en la infancia del estado social. El diluvio que la aniquiló fue tan destructor, que no dejó subsistir más que un recuerdo confuso en la memoria de los hombres de la Raza del Sur que sobrevivieron. Estos hombres debieron su salvación a su posición ecuatorial y a las cimas de las montañas donde residían.

Las tradiciones que el cuerpo sacerdotal egipcio poseía casi solo, le daban un justo ascendiente sobre los otros.

Ante todo, recordemos el carácter distintivo y característico de cada tradición. La tradición roja se revelará siempre por el número. La fama será sumisa al número por la geometría, y los dibujos de los mismos nombres serán triangulares y geométricos. (Figura triangular de los etruscos primitivos, jeroglíficos, pirámides.)

La tradición amarilla señalará su carácter por la idea dominando sobre todo, aun en la forma. (Escritura ideográfica. China, Egipto.) La tradición negra dará, al contrario, la supremacía a la forma y a la imaginación, a los ornamentos, a los adjetivos. Las descripciones corresponderán ante todo a las producciones de la Raza Negra. En fin, los Blancos, recién venidos, continuarán su propia tradición por el peso, el número y la medida, referidos a todas las tradiciones precedentes. La tradición occidental ha sido constituida por Moisés, uniendo en una magnífica síntesis las tradiciones puras de la Raza Roja, conservadas en Egipto en los grandes misterios, y las tradiciones más secretas de la Raza Negra, conservadas después de Jethro en el templo del desierto.

MOISÉS

Moisés, educado en la Corte de Faraón, egipcio iniciado en los mismos sagrados, huye de Etiopía a causa de un asesinato que ha cometido. Allí conoció la tradición primitiva de los atlantes sobre la unidad divina, y encontró una parte de esos pueblos árabes que los pastores fenicios habían arrojado del Yemen, como se ha dicho. Esos árabes, productos de una mezcla de atlantes y de celtas, tenían una multitud de motivos para detestar a estos pastores a los que conservaron el nombre de filisteos.

Dispersados en la Etiopía como en Egipto, eran víctimas de su mala suerte. Moisés nació entre ellos. Estaba errante y le acogieron. El infortunio los relacionó. Sabido es que este hombre glorioso, llamado por la Providencia a tan altos destinos, fue reducido a guardar los rebaños de Jethro, con cuya hija, Zefora, se desposó. Jethro era uno de los sacerdotes de los árabes expatriados.

Se les llamaba hebreos por las razones que he dicho. Jethro conocía las tradiciones de sus antepasados y se la enseñó. Quizá conservaba algunos libros genéticos y se los dio. El libro de las *generaciones de Adán*, el de las Guerras de Ithoa, el de las Profecías, es citado por Moisés. El joven teócrata se penetró de todas esas cosas y las meditó mucho tiempo. Estando en el desierto obtuvo la primera inspiración. El dios de sus padres, que se llama Ithoa, el Ser que es, le hizo oír su voz desde una zarza encendida.

No insistiré sobre el sentido misterioso y secreto del *Sepher* de Moisés, puesto que he dicho en otra parte lo bastante. Me limitaré aquí a decir que Moisés, después de haber recordado la leyenda de Elohirn, el ser de los seres, refiere la de Noé, el reposo de la naturaleza; la de Abraham, el padre sublime; la de Moisés, el salvado, a la que mezcla hábilmente la suya, dejando al que ha escogido teocráticamente para sucederle a Josué el salvador, el cuidado de acabar la obra. De suerte que los orígenes que parece dar a su pueblo, y que se ha dado a sí mismo, por la manera con que liga esas leyendas a su historia propia, son puras alegorías afectas a objetos cosmogónicos, infinitamente más importantes, y que se refieren a épocas infinitamente más atrasadas.

Tal es el método que seguían los antiguos sabios y que siguió Moisés. El *Sepher* de este hombre admirable, llegado todo entero hasta hoy gracias al triple velo que le cubre, nos lega la tradición más antigua que hay hoy sobre la tierra. Alcanza no sólo a la edad de los atlantes primitivos, sino a la catástrofe de que fueron víctimas, y se lanza a través de la multitud de los siglos hasta el principio de las cosas, que refiere bajo la forma de un decreto divino emanado de la eterna Sabiduría.

